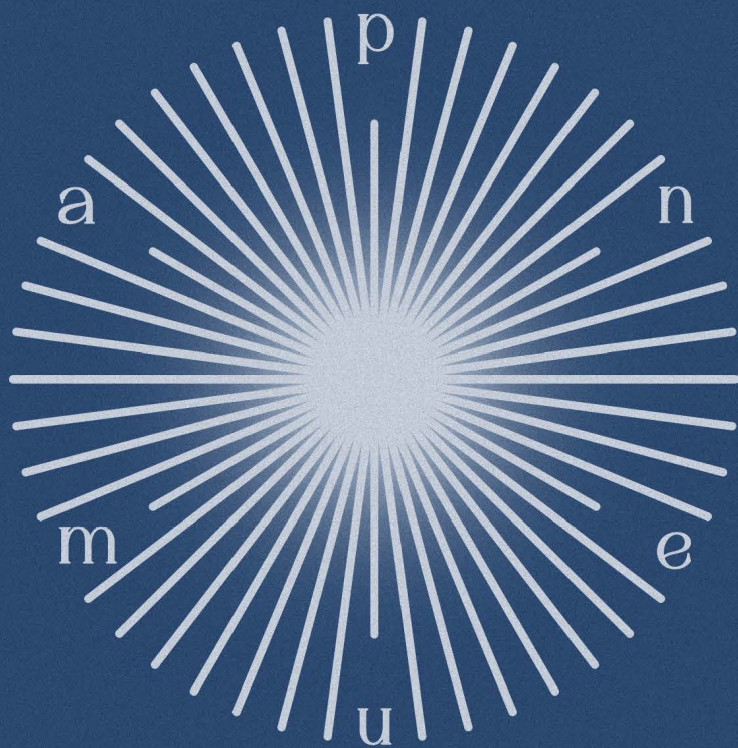
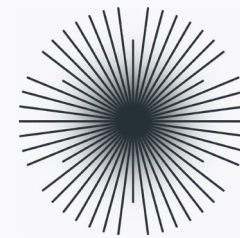






pneuma

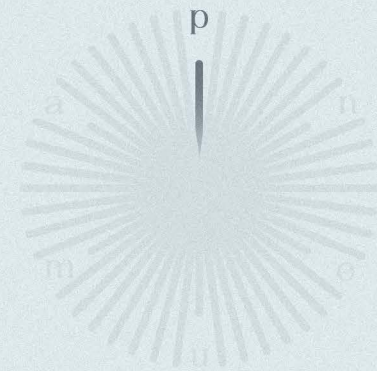


Louise K. Houtman & Daniel Medina

Índice

INTRODUCCIÓN	9
COSMOGONIA	17
UNA ESFERA BATIPELAGICA – JESÚS ZURITA . . .	29
PROCESO	39
INSTRUCCIONES DE USO	47
PNEUMA	53

Introducción

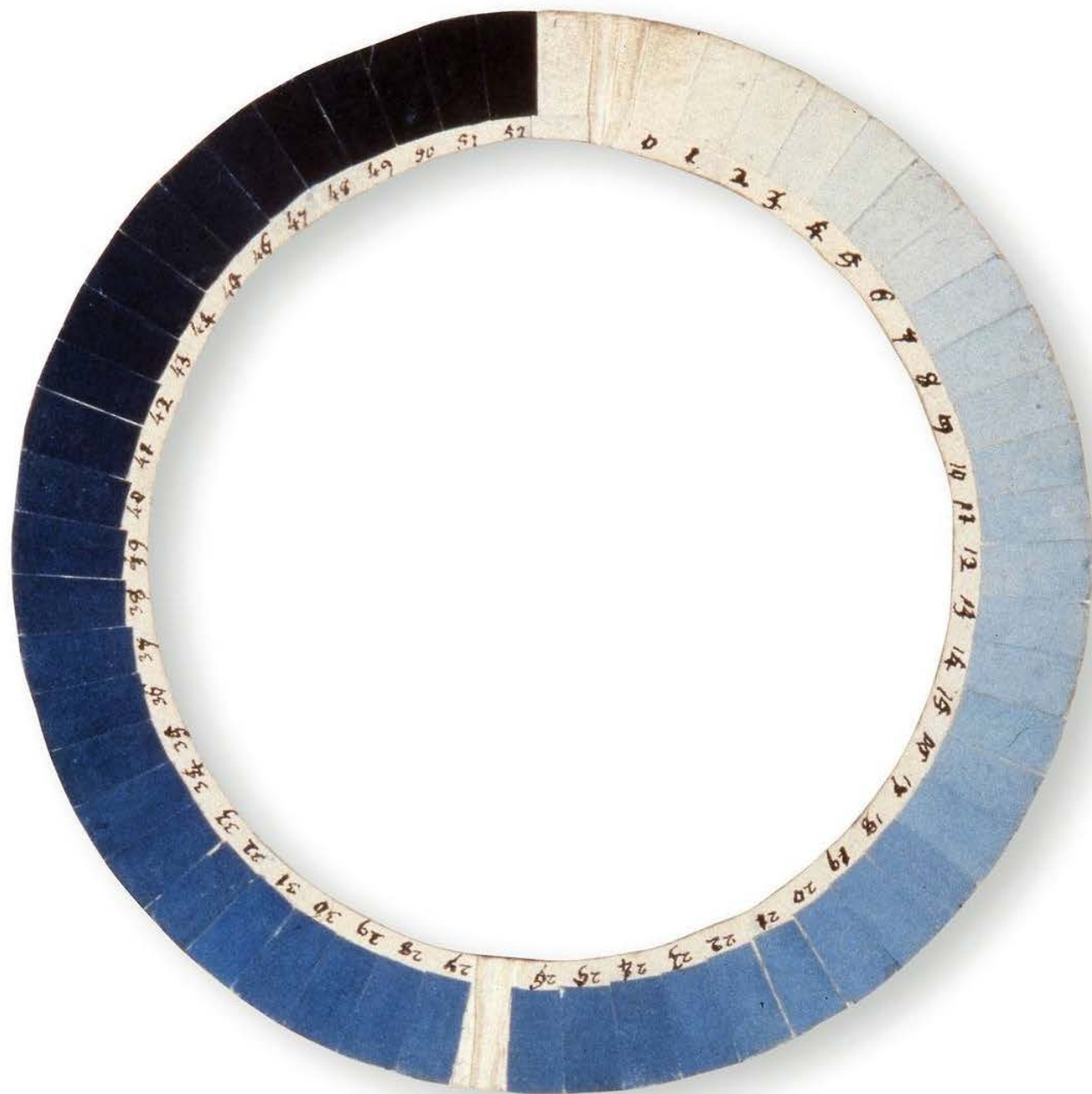


Pneuma es un ejercicio de construcción de mundos. Esto significa que, en primer lugar, hemos delimitado el proyecto mediante un conjunto de reglas y condiciones materiales; y, a partir de esas limitaciones, hemos trabajado para dar forma a la propuesta.

Nuestro punto de partida fue la fascinación que sentimos por un instrumento llamado *cianómetro*. Creado en 1789 por Horace-Bénédict de Saussure, el cianómetro permite medir la intensidad y las variaciones del azul del cielo, comparándolo con una escala de tonos azules estandarizados.

Tras cierta reflexión, comprendimos que, a lo largo de un ciclo de 24 horas, el cielo contiene prácticamente todos los colores del cianómetro, y que estos se suceden en un orden casi lineal al representado en el instrumento. Esa observación nos llevó a asignar a cada lienzo un «cielo» y una hora específica del día. Así, recorrer la exposición equivale a recorrer un día completo, donde la luz, el color y el ánimo se transforman progresivamente.

Todos los seres vivos representados en *Pneuma* están modelados en cerámica o cristal, en alusión a las cosmogonías en las que el barro o la arcilla son dotados de vida. Esta referencia material vincula el proyecto con los mitos de origen, donde lo inerte se anima y se vuelve portador de espíritu.



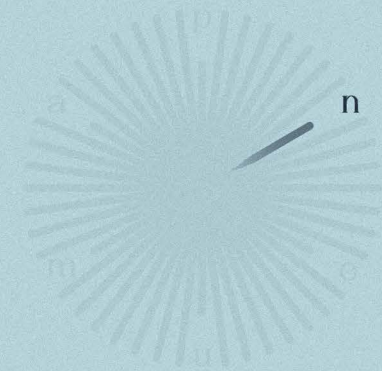
Los nombres latinos *animus* = espíritu y *anima* = alma son lo mismo que el griego *anemos* = viento. La otra palabra griega que designa al viento, *pneuma*, significa también, como se sabe, espíritu. En gótico, encontramos el mismo término en la forma de *us-anan* = *ausatmen* = expirar, y en latín, *an-helare* = respirar dificultosamente. En el viejo alto alemán *spiritus sanctus* se expresa con *atum*, *Atem* = aliento. En árabe, *rih* = viento, *ruh* = alma, espíritu. El griego *psyché* tiene un parentesco análogo con *psycho* = soplar, *psychos* = fresco, *psychros* = frío y *physa* = fuelle. Estas relaciones muestran claramente que en latín, en griego y en árabe el nombre dado al alma evoca la representación de viento agitado, de «soplo helado de los espíritus».

Paralelamente, los primitivos tienen una visión del alma que le atribuye un cuerpo formado de soplos invisibles.

Fácilmente se comprende que la respiración, que es un signo de vida, sirve para designarla con el mismo derecho que el movimiento o la fuerza creadora de movimiento.

Carl Gustav Jung. *Los complejos y el inconsciente*

Cosmogonia





Abro los ojos
y el mundo es azul



El Sol otorga sus mayores poderes
por tiempo limitado,
por ello tras vestirme con una larga sombra,
esta se apaga



Cuando me tumbo
el aire tiene dos cúpulas concéntricas:
mi oscura caja torácica,
y la bóveda celeste



Existen unas invisibles manos de algodón
cuyas yemas de sus dedos
acarician de aves los árboles.

De presencia a espectro,
de *eres* a *eras* y *serías*,
de voz a aliento



Soy una moderna Ofelia,
que todos los días cae de la vigilia al sueño.
Si al dormir, ves mis manos sobre el pecho,

es que mientras duermo un ramo sostengo.

Cuando vosotros lloráis,
yo floto y me deslizo por los pasillos.
Tumbado, cualquier dirección es profunda



Hay personas que se separan de su sombra
y jamás llegan a recogerla



Quizás esto fue el sueño de un perro de ojos azules



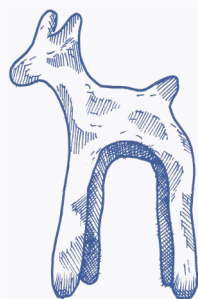
Cualquier origen es azul



Si esa vocal la pronunciaste con tu último aliento,
¿La próxima me la traerá el viento?



Te está reservada
una estrella con combustible y sin fuego
para que la prendas con tu vuelo



Cuando por dentro se vacía,
por el ombligo le soplan vida.

Por la noche, con los pies asomando fuera de la cama, necesito taparlos.

Si no lo hago, un monstruo podría comérselos.
Lo tengo tan claro como saber que la Luna pasea conmigo.
Siempre está a mi lado.

Cuando escucho un pum-pum en la calle,
también escucho mi casa temblar.
Pasos pesados.
A lo lejos salta la alarma de un coche.
Pum. Pum.

Meto los pies bajo las sábanas, y me hago un ovillo.
Ahora soy un capullo de mantas, con apenas los ojos asomando.
Pum. Pum.

Los pasos suenan más fuertes...

¿Los llamé «pasos»? ¿De verdad pensé en «pasos»?

Las farolas de la calle se apagan todas de golpe.
Y algo oscurece el mundo.
Una oscuridad que lo cubre todo.
Pero brilla.
¿Brilla?

Refleja la luz de los coches,
de las pocas casas que aún tienen lámparas encendidas a estas horas.
Es una forma que se mueve en todas direcciones.
Irreconocible.
La luz se pega a su superficie como barniz sobre cerámica.

Un material imposible:
demasiado fluido para ser sólido,
demasiado denso para ser aire.

Por mi pequeña ventana la veo avanzar. Avanzar.
Y me pregunto qué puede merodear tan tarde en la noche.
Con las sábanas todavía enredadas en mi cuerpo, bajo las escaleras.
Salgo a la calle.
Me detengo, sorprendido: estrellas no solo cuelgan del cielo,
también se esparcen bajo mis pies.
Tiritan en el asfalto húmedo, se arrastran como brasas vivas,
avanzando junto a la forma indefinida.

Levanto la mirada. El cielo parece más bajo,
como si hubiera descendido un palmo para observarnos mejor.
La forma oscura se hincha en silencio, absorbiendo trozos de sombra
y devolviendo destellos. Y entonces lo veo: en su vientre abierto,
como si fuera un espejo rajado, palpitan diminutas luces.
Estrellas.
Pienso, sin saber por qué,
que yo solo me atrevería a pasear a estas horas con un perro.
Y, en cuanto la idea cruzó mi mente, la forma responde:
se estira, se alarga,
se acomoda a mi pensamiento.

Delante de mis ojos, la bola se estira.
Le crecen las orejas.
Sé con certeza que esa versión solo yo puedo verla.
Con la mente vacía, la sigo. No puedo hacer otra cosa.
Porque, cuando la Luna te invita a pasear, ¿quién puede negarse?
Ni las estrellas lo rechazarían.



Quando era pequena, mi abuela me contaba historias, sentada al pie de la cama, sobre reinos lejanos, princesas, bestias y muñecas. Siempre pedía que me narrara más sobre los vestidos: me dedicaba horas a imaginar cuáles quería ponerme yo. Me prometí que algún día los cosería, aunque aún no he aprendido a coser tan bien como para conseguir un vestido de gala.

Mi recuerdo de estos cuentos cambia con el tiempo.

Érase una vez un país lejano en el cual vivía un rey con sus doce hijas. Cada día que las visitaba al amanecer tenía que comprarles zapatos nuevos, ya que los habían roto de la noche a la mañana. El rey ordenó a los soldados que custodiaran la puerta, pero igualmente cada día encontraba a sus hijas cansadas de bailar toda la noche y con los zapatos destrozados. Desesperado, anunció que cualquier príncipe que descubriera adónde iban sus hijas de noche podría casarse con la que prefiriera. Ninguno lo conseguía, y la impaciencia del rey hacía rodar cabezas.

Tras días de barbarie, llegó un soldado con una capa de invisibilidad. Por la noche se cubrió con ella para colarse en el dormitorio de las princesas, y comprobó que se vestían con los atuendos más hermosos del reino, para luego levantar una losa en el suelo y descender por una escalera de caracol.

Una vez bajadas las escaleras, se llegaba a un jardín de plantas de oro, plata y cristal, que medían metros y metros de alto. Las princesas cruzaban el jardín para llegar a un lago donde doce príncipes, en sus barcos, las esperaban para llevarlas a bailar.

Ahora, de adulta, me pregunto por qué las siguió hasta el final. ¿No te quedarías explorando el jardín, donde hasta el suelo es de materiales tan curiosos? Plantas robustas y brillantes que, sin embargo, respiran. Y ahí es donde te llevo yo.

La cerámica vive; las plantas se mueven y reflejan en sus superficies brillantes lo que tienen alrededor. Con semillas como diamantes. Si sigues andando, seguramente llegarás a un nuevo paisaje que cambia de material: de oro a plata, de plata a cristal y de cristal a cerámica. Árboles con ramas como lágrimas, hojas que se funden en el material. Se mueven a su manera, no tan ligeras como las hojas: respiran y se mueven en círculos. Se enrollan sobre sí mismas, se levantan y bajan como una respiración.

¿Y cómo serían los animales? Leopardos de cerámica. Los pájaros de cerámica. Para nacer, los tendrás que cocer. Brillarán con fuego interno hasta levantarse y nacer. Los pájaros se alzan del barro, brillando en la oscuridad hasta que el calor de su interior los endurece, y ya no vuelven a brillar nunca más desde dentro. Una vez cocidos, se les endurece la piel, pero reflejan: brillan al sol cuando vuelan con el reflejo de la luz. No les hace falta agua para brillar.

Los gatos cazan en la oscuridad a estos pájaros brillantes. Negros como la noche, solo puedes verlos cuando su piel refleja al pájaro joven e iluminado que persiguen. Lo aplastan antes de que pueda endurecerse, antes de que pueda camuflarse con el cielo y sus nubes. Antes de que pueda endurecerse, lo aplastan.

Cuando sigues andando por el paisaje de cerámica, pasado el de plata, llegas a un pantano de cristal. La carne toca con rudeza el cristal, pero el cristal trata al cristal con delicadeza. Un pájaro puede entrar en la superficie de lo que parece agua, pero para ti no es más que una ventana vítrea. Los patos en este pantano, con sus cuellos largos, se funden con los árboles. Tienen tanto cuello que pesa, y deben enrollarlo sobre sí mismos para poder apoyar la cabeza. Son muy curiosos.

Seguramente habrás ido a un parque alguna vez y habrás observado los patos. Siempre están peleados. Pues estos —los de cristal— nunca pelean: cristal con cristal, ternura. No podrían, porque se romperían.

De noche se enfrían y apenas pueden moverse. Cuando por la mañana sube el sol, los puedes encontrar allí, erguidos, encendidos de rojo y atravesados por los rayos de luz; de pie en sus rocas, al lado del agua. Una vez han recuperado algo de calor, pueden moverse lentamente para cambiar la pose de sus cuellos, tras tantas horas sin moverlos, y empiezan a saludarse entre ellos. Los pájaros que vienen volando desde más allá del pantano meten sus pies en el «agua» y beben para seguir su viaje.

Ya que no bailan las princesas y se ha apagado la música al otro lado del lago, podrán ver qué comida les queda por comer.



Leo muchos libros; en casa tengo montones de libros. En la casa de mi abuelo, en el rincón del comedor, tenemos unos quince que no creo que nadie haya tocado en años. Siempre visitamos a mis abuelos en verano y en Navidad, donde se quedan mis primos que vienen de lejos.

Mis abuelos tienen doce nietos, y cuando nos reuníamos todos juntos, era un caos. Recuerdo cuando todos éramos niños, de entre seis y catorce años. Después de comer, mis tíos se repartían entre las habitaciones de arriba, y todo el mundo intentaba echarse la siesta.

Como cualquiera con una familia grande que echaba la siesta, conservo nítidamente en mi memoria la imagen de todos repartidos por cualquier superficie cómoda que podían encontrar en el pequeño comedor: quién tenía derecho a uno de los dos sofás y quién se quedaba con la silla plegable de playa. Como te imaginarás, era difícil con tantos niños. Los mayores intentaban mantenernos quietos, y probábamos todo tipo de trucos para poder dormir esa hora entre las tres y las cuatro.

Te puedo confirmar que esos libros en el rincón no se usaban durante la siesta, y que ahora están sobre todo detrás de sus móviles. Antes de dormir, siempre hay un adulto que levanta la voz y dice: «Bueno, niños, ¡hora de la siesta!», y poco a poco todos se van tumbando en sus sitios. Con *National Geographic* en la tele se duerme de lo mejor.

Pero, mientras todos intentan relajarse, siempre hay dos que no parecen entender el concepto de «siesta». Sorprendentemente, ahora que son adolescentes que duermen la mitad del día, podrían echarse la siesta de pie. Hablan y saltan mientras los demás se tumban. Salen con todo el calor y vuelven a entrar cuando ya no tienen ningún sitio donde ir. Hacen el pino o dan vueltas infinitas.

Así que, cuando cierro los ojos y sueño medio consciente durante esas siestas, se mezclan los sonidos con imágenes de todo tipo.

«Es hora de la siesta», dice el sol. Hace demasiado calor. Con más de treinta grados, ¡descansar es lo mejor!

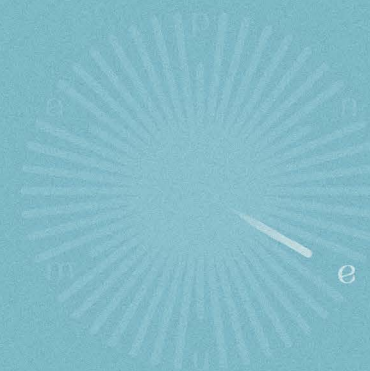
Aquí estoy, con mi trompeta. Calor, calor. Mientras todos se echan a dormir en nuestra casa y en la de al lado, dos ciervos hacen el pino. Porque la trompeta de la siesta suena a música,

y bailan,

y bailan,

y bailan.

Una esfera Batipelágica



Jesús Zurita



I

SOY un viejo y, de algún modo, te hablo. Me escuchas en reposo porque estoy callado mientras se sostiene el silencioso canal que nos une. Para ti es relevante que sea de noche; para mí, no lo es. Deja que intente hablar un poco sobre mi persona, porque así me sitúo.

Espera. Ay. Ahora.

Me parece que yo poseía cosas que me definían, como metales curvos y maderas rectas. Tenía telas con color; de un solo color, de hecho. También me acompañaban animales, como una perdiz, un pavo real, un gato y un león agradecido. Había un libro que no puedo reconocer como mío: su índice contenía todos los libros posibles, pues así de fino era su papel. Es un libro protervo que se quedó con todas mis pertenencias. Desaparecieron en él como quien aspira... ya está, ya está... ya estoy situado.

Mientras ese volumen salvaje añade cuadernillos sin espesor a su lomo, yo voy a contarte las claves de aquello que contiene a tu mundo, ese en el que yaces, a través de tres historias fundacionales. Narrarlas me hará bien. Y lo haré con mi voz, pues jamás volveré a escribir.

YO DIGO QUE:

No hay principio. No hay absoluto, pues tampoco hay fin que negar. No es posible señalar nada, el mundo solo es una expectativa en mi lengua. Te estoy contando una cosmogonía; la que te corresponde; la que propiciará tu felicidad. Necesito del aliento que se prodiga en las palabras para poder permanecer en esta pura contingencia, de lo contrario desapareceré. Tomo la palabra *profundidad*, una buena voz, y decanto lo que hay de aire nervado en ella. Te doy ese céfiro para que te dejes llevar, para que no conozcas ni dirección ni sentido, como el polen. Soy repentinamente feliz por recordar qué es el polen, así que te diré algo digno de un viejo: en las palabras, el aire tiene nervios; si lo extraes de estas y retoza libre, se llama céfiro; si te lleva y se cuela en tu ser, colmando tu corazón, se llama *Pneuma*.

II

SI GO un poco confuso. Se me ha metido en la cabeza que la perfidia de ese libro insaciable se debe a la imposibilidad de acabar su gesta. Su ingesta, de hecho. Cada hoja tan fina, tan inconmensurables entre las tapas; páginas que pasan sin avance. Símbolos deformados que una vez fueron números. Otros símbolos agotados en la combinatoria de un linaje que empezó como letras. Signos caídos. Ahora caigo en que el pobre libro no puede contener narración alguna porque tiene un gran problema con los finales. Qué penita. Yo, en cambio, sí puedo narrar, porque el pneuma me guía y puedo navegar contigo, pues sigues insu-

flado. Si podemos narrar, también podemos usar el verbo *estar*; pero para llegar al verbo *ser* tenemos que hipostasiar, en lo liminar que caracteriza al estar, un primer límite. Te contaré la primera historia, la que permite las posibilidades de todas las demás historias. Aún estamos lejos del *algo* que es algo. Una brisa con olor a profundidad te cuenta:

—Anoche, una voz me murmuró al oído: «Una voz que por la noche te murmura al oído no existe»¹.

Te acabo de contar la primera historia posible, con los únicos recursos disponibles. Es un ensalmo que nos ha traído la discernibilidad, y lo ha hecho cruzando el primer límite. Un límite fresco y embebido de permeabilidad. En esta historia, lo que no existe ha reconocido su inexistencia, forzándose a existir para ello. Ha demarcado su identidad al advertir de su presencia. Sé que no lo ves, que no lo entiendes, pero sabes que estás aquí porque la incomprensión vuelca en tus huecos una pregunta que será eternamente insaciable; una inquietud sublimada en horizonte inalcanzable, al que te dirigirás siempre. Creo firmemente que el horizonte es el límite resultante de esta historia.

Ahora te digo que te sabes dormido.
Después te preguntaré si el dormir sabe de ti.

1. Según Jean-Claude Carrière, se trata de un breve poema persa del que no da más pistas (*El círculo de los mentirosos*. Pág. 94. 2001)

III

ESTE libro, ay, que no tiene ni una mesita para que repose. Su ira maligna es el síntoma de una sospecha: la falta de espesor en sus hojas se presta al horrible equívoco de la simultaneidad. No hay garantías de estar abierto o cerrado. Se teme abierto y cerrado. Esto lo ahoga porque no hay oscuridad misericordiosa. La oscuridad de los libros cerrados es lo que permite el Saber en los textos, como los espacios entre las palabras. En el libro cerrado, tinta y papel son equivalentes, excelencia y sandez yacen por igual. Sentido y deriva son indiscernibles. En la oscuridad de las páginas juntas, los contenidos se lavan mutuamente, se dan de comer y se visten de fina solvencia. Se cuidan. Y, cuando llega la luz lectora, le ofrendan perladitas significaciones. Pero si la luz permanece y la oscuridad no llega... ¡ay!, falta el aire. Los contenidos decaerán infinitamente.

Sé que, aunque duermas, el dormir no sabe de ti. No estás ni tumbado ni erguido. A las esferas les ocurre igual. Yo, que soy un viejo que ha vuelto a recordar, me señalo el pecho y te digo que soy el centro. Luego señalo el horizonte y te digo que, más allá y más acá, solo hay profundidad. Vuelve el aire a enervar la palabra. La profundidad es equidistante a mi pecho en todas las direcciones posibles. Estamos en una esfera de profundidad, pero una profundidad digna de los océanos, sin cielo, inmensidad allí y allá. Solo hay profundidad y extensión. Batipelágica es el adjetivo de la esfera.

Sigo siendo viejo y ahora te veo como una niña que duerme sin que el dormir lo sepa. Sólo así se puede escapar a algún sitio. Te voy a crear un mundo para que llegues a *algo*. El ensalmo es ahora conjuro en esta segunda narración:

—Detrás del último no hay nadie. Yo tuve que quedarme para dar fe².

La cubierta del libro, ahora entiendo que angustiado, es un problema para la consistencia puramente geométrica de sus páginas. La cubierta recoge el contenido para situarlo en el mundo, que es su anaquel. La cubierta también debe permanecer compacta para preservar la fe en lo escrito. Pero este libro se sabe ilegible y empieza a darse cuenta de que quizás sea esférico. Un mero plano curvo y cerrado cuyas páginas se corresponden con los puntos que en él hay. Uno de esos puntos es la cubierta. Imposible leer algo así. En la teleología esférica, acabar es comenzar.

En la segunda historia, el testimonio se da en ausencia del último que quedaba. A rebufo del que se ha ido, queda un vacío donde nadie puede constar, ni siquiera existir, pues, si llegase alguien que conste, pasaría a ser el último y, por lo tanto, debería marcharse. Al hacerlo, el vacío se quedaría buscando un oído al que decir: «No hay nadie». Para poder oír esta frase, se debe tener la consistencia de los huecos. Dar fe de ella sería como un hueco ajardinando su vano. Los jardines dan fe de la naturaleza a través de la desnaturalización.

2. En abril de 1989, la revista *Más Allá*, dirigida por Fernando Jiménez del Oso, obsequió a sus lectores con un casete que recogía varias psicofonías. Una de ellas decía, débilmente, «No hay nadie». Nunca he dejado de pensar en ella. Unos años antes, mi tío Ignacio nos hacía creer a los niños que en el cine ponían *Detrás del último no hay nadie* y que era mejor que *Rambo* y *Comando* juntas. No existía tal película. En Netflix hay una película con ese título, que debe de ser peor que la película inexistente de mi tío. Estoy seguro de ello.

En ese vacío te proveeré de un vergel donde pueden bailar y reposar princesas prendadas con sus zapatitos, pares y desgastados. Las princesas corren para ocupar lo recorrido la noche anterior. Las escapadas se solapan y las prendas se desgastan. El deseo es esférico.

IV

LA esfera batipelágica gira en torno a su centro, que coincide con el pecho de este viejo cansado. Su girar es imperceptible. La profundidad es indiferente a los ciclos. Excepto en tu jardín, donde la floresta atiende a las estaciones y las hojas, translúcidas, refractan el tiempo. Pasado, presente y futuro se despliegan en la misma irisación. En este jardín comienza el mundo, donde el niño y la niña comparten cobijo y se arropan con cristales. Acarician minerales y juegan con arcillas blancas. La profundidad de la esfera colapsa hacia su centro, y la circunferencia se queda en ningún sitio, es decir, en el horizonte. Mirando sus sombras, el niño y la niña descubren la pintura, que es bromear con la luz.

Mi pecho no soporta la profundidad colapsada, así que vuelvo a confiarme al pneuma y, en un soplo, el jardín desplaza la oquedad de mi torso por sus destellos silvestres y yo acepto la metonimia. El mundo está situado. Y, como existe el tiempo, me engalano con mis mejores memorias para contaros el último cuento.

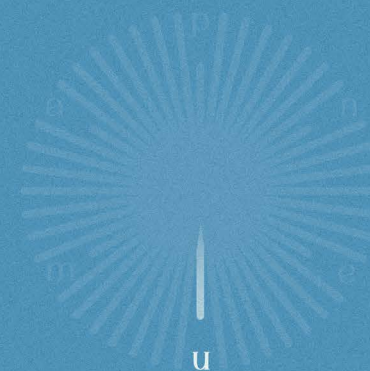
Que es:
YO SOY EL QUE SERÉ³.

Hay que ver el pobre libro, que se ha quedado rodando entre patas de caballos limpiísimos y cisnes de cuello anudado. Mira, lo voy a recoger en mi pecho y voy caminando, poquito a poco, hacia el mar, que es la mayor metáfora de todas. En la inmersión, noto una grata voluntad de ser un pecio besado por mil pececitos. Mientras llega el coral, me siento con el libro en mi interior a darle mimo hermenéutico. Aquí abajo, el aire es pura onda que revuelve mis barbas. Vosotros jugad, que yo sabré que jugáis. Os he contado cumplidamente tres historias que enmarcan la existencia, ahora os toca a vosotros predicar el mundo. Creced. Ya sabéis que amanece y anochece. Amanecerá y anochecerá. Guíaos por los luceros.

Jesús Zurita, por esos riscos de 2025.

3. Éxodo 3:14.

Proceso



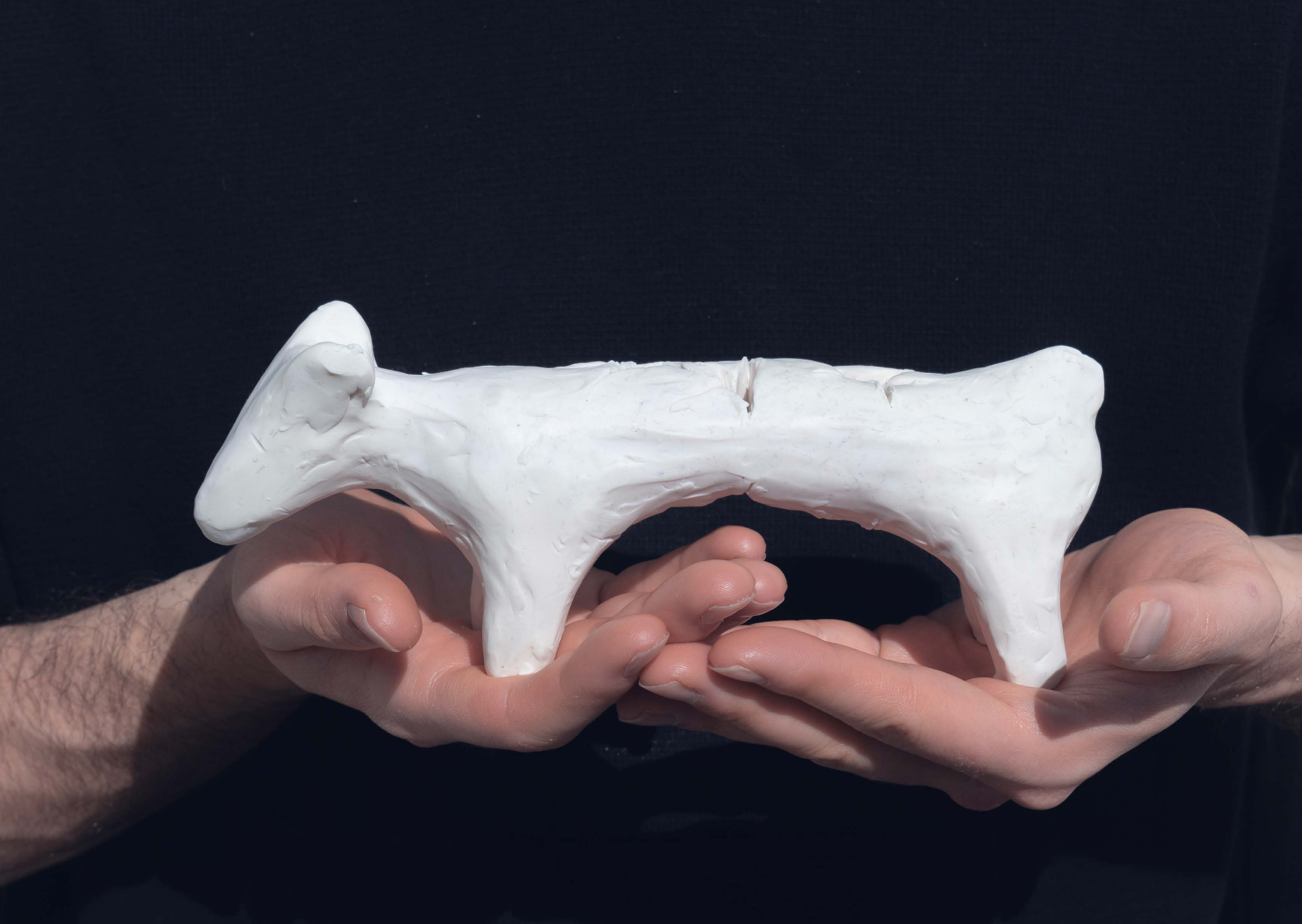
Pneuma es un proyecto principalmente pictórico, aunque no se limita a la pintura. Para crear las imágenes finales usamos múltiples técnicas, y —lo más importante— ambos participamos de todas las fases del proceso simultáneamente, sin dividir tareas.

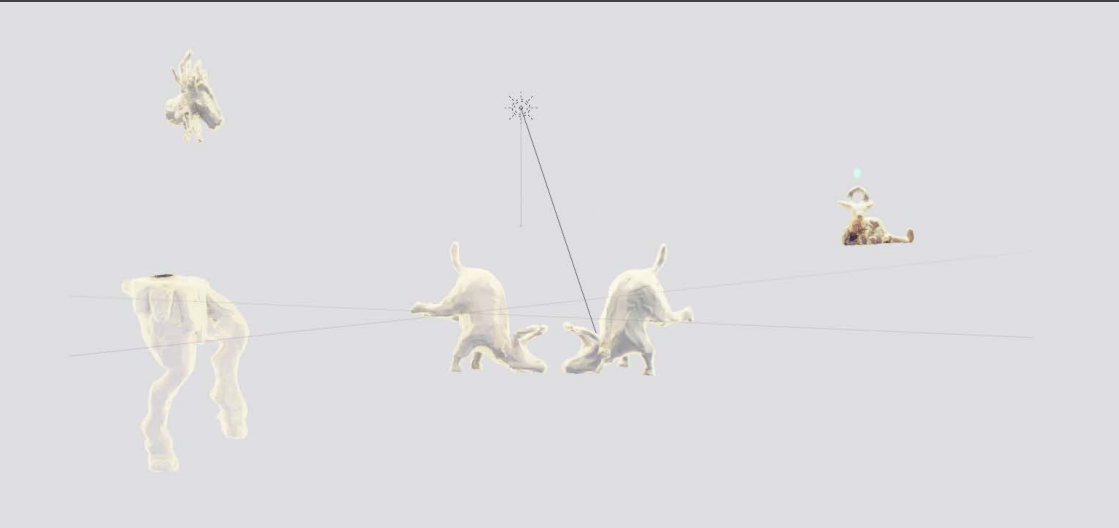
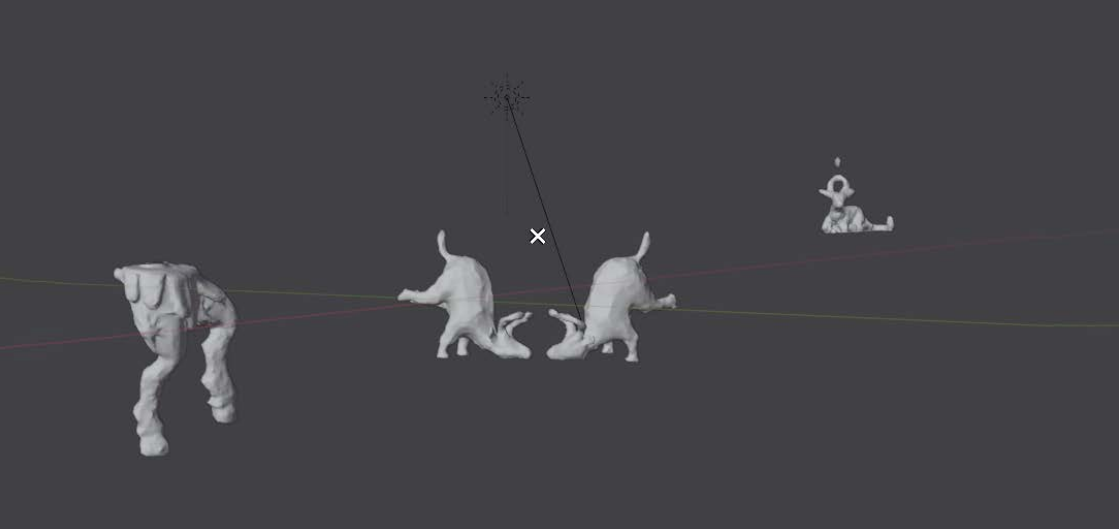
Todo empieza con una idea. Las ideas son maleables y adoptan distintas formas en nuestras conversaciones. No esperamos demasiado para llevarlas al papel: las bocetamos rápidamente, conscientes de que son como el agua y adoptan la forma de quien las contiene.

A partir de ahí surge una combinación poco habitual de técnicas. Elegimos un boceto y lo modelamos en plastilina. Aunque estas pequeñas esculturas rara vez superan el tamaño de una mano, su elaboración requiere tiempo y atención. Una vez materializadas, las registramos mediante fotogrametría, técnica que permite generar modelos tridimensionales en 3D a partir de múltiples fotografías, reconstruyendo la forma y el volumen del objeto con gran precisión.

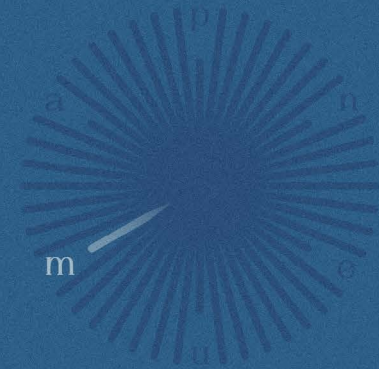
Con el modelo digital listo, lo situamos en un entorno tridimensional, donde diseñamos el paisaje y definimos la luz. La iluminación se recrea según la hora del día que queremos simular: distancia del sol, temperatura de color, altura, densidad del aire o polvo ambiental. Cuando la atmósfera y la composición nos satisfacen, introducimos una cámara virtual para elegir el encuadre.

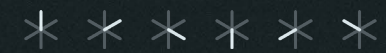
Solo entonces comenzamos a pintar, trasladando la construcción digital al lienzo, donde gesto y materia dan vida a las ideas.





Instrucciones de uso

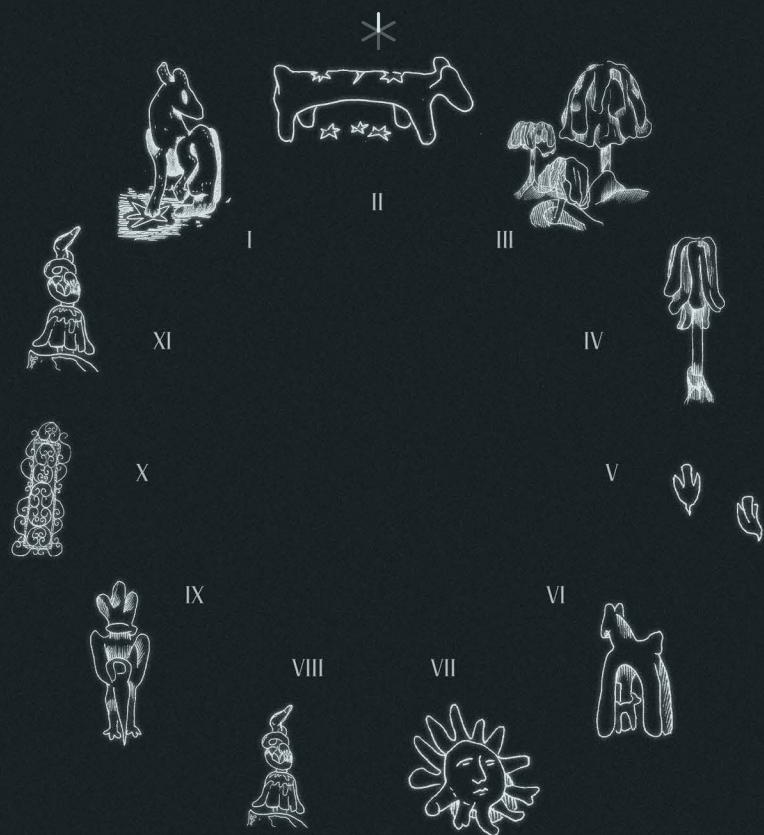




Las obras se disponen en el espacio
según la hora del día.

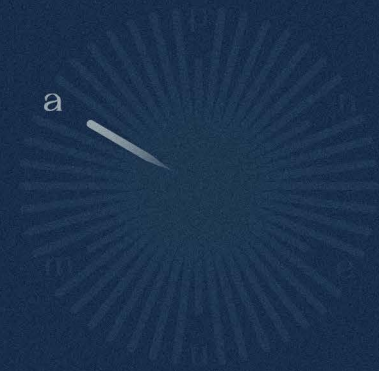
En las páginas del próximo capítulo
encontrarás, junto al título, un icono ✧.

Podrás usarlo durante la exposición
para orientarte, y fuera de ella, para
evocar las distintas escenas en su lugar.



I	pneuma uno	p. 54
II	pneuma dos	p. 56
III	pneuma tres	p. 58
IV	pneuma cuatro	p. 62
V	pneuma cinco	p. 63
VI	pneuma seis	p. 64
VII	pneuma siete	p. 66
VIII	pneuma ocho	p. 68
IX	pneuma nueve	p. 69
X	pneuma diez	p. 70
XI	pneuma once	p. 72

pneuma





pneuma uno

Acrílico y óleo sobre lienzo
46 × 61 cm

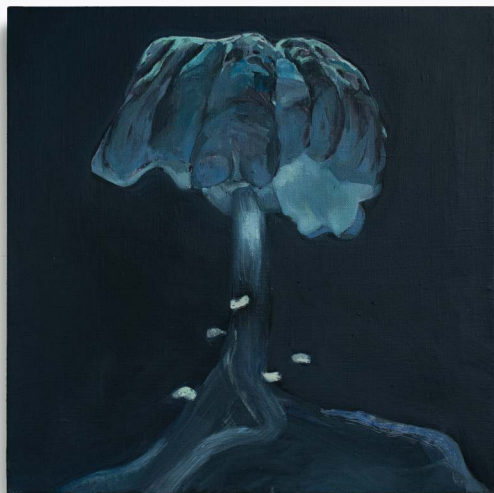




pneuma dos



—
Acrílico y óleo sobre lienzo
197 × 115 cm



pneuma tres B



—
Acrílico y óleo sobre lienzo
35 × 35 cm



pneuma tres A



—
Acrílico y óleo sobre lienzo
20 × 20 cm



pneuma tres

Acrílico y óleo sobre lienzo
120 × 120 cm





pneuma cuatro (p. izq.)

—

Acrílico y óleo sobre lienzo
97 × 195 cm



pneuma cinco (p. der.)

—

Acrílico y óleo sobre lienzo
16 × 22 cm c/u



pneuma seis

Acrílico y óleo sobre lienzo
65 × 92 cm



pneuma siete



—
Acrílico y óleo sobre lienzo
390 × 195 cm (tríptico)



pneuma ocho



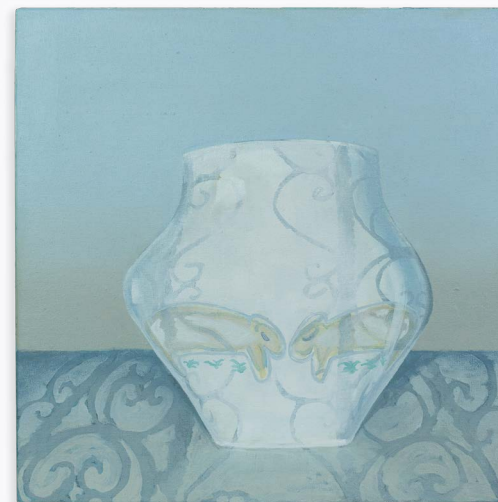
—
Acrílico y óleo sobre lienzo
33 × 46 cm



pneuma nueve



—
Acrílico y óleo sobre lienzo
41 × 61 cm



pneuma diez



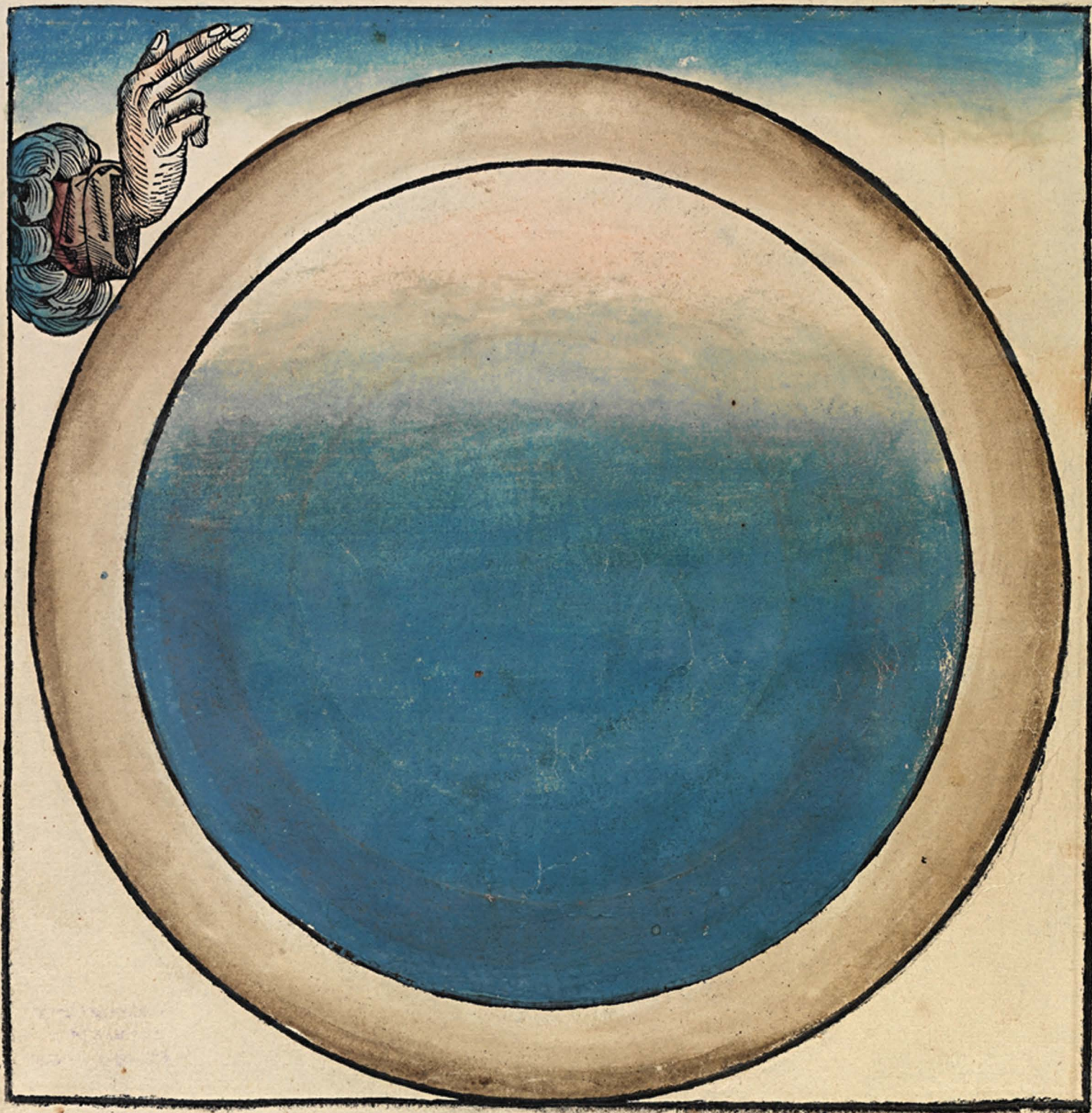
Acrílico y óleo sobre lienzo,
rejas de hierro
40 × 40 cm



pneuma once

—

Acrílico y óleo sobre lienzo
97 × 195 cm



Sala Ático
Palacio de los Condes de Gábria
Del 13 de noviembre de 2025
al 1 de febrero de 2026

Presidente

Francisco Pedro Rodríguez Guerrero

Diputada de Cultura y Educación

Pilar Caracuel Sánchez

EXPOSICIÓN

Organiza y produce

Delegación de Cultura y Educación
Artes Plásticas

Coordinación

Pablo Ruiz Luque

Montaje

Domingo Zorrilla

Transporte

Miguel Pedregosa Pérez

Rotulación

Kleintone

Seguridad

Ilunion

CATÁLOGO

Edita

Delegación de Cultura y Educación
Artes Plásticas

Revisión de textos

Irene Fernández Romacho

Diseño gráfico y maquetación

Daniel Medina

Ilustraciones

© Louise K. Houtman

Impresión

Imprenta de la Diputación de Granada

Obras

© Louise K. Houtman y Daniel Medina

Textos

© Jesús Zurita (pp. 29-37)

Fotografías

© Daniel Medina

Obras reproducidas

© Horace-Bénédict de Saussure, *Cianómetro*,
ca. 1789. Colección del Musée d'histoire des
sciences de la Ville de Genève. (pp. 12-13)

© Hartmann Schedel, *La creación del mundo*,
de la *Schedelsche Weltchronik (Crónica de
Núremberg)*, 1493. (pp. 74-75)

Portada

Daniel Medina

DL: GR 1604-2025

ISBN: 978-84-7807-423-5

© de esta edición, Diputación de Granada,
2025

Impreso en España / Printed in Spain





